El arca

Leonardo Eiff

El arca
Impresiones del humanismo y la civilización en el siglo XXI

EDICIONES **UNGS**
Universidad Nacional de General Sarmiento

Eiff, Leonardo
El arca : impresiones del humanismo y la civilización en el siglo XXI / Leonardo Eiff. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2026.
230 p. ; 21 x 15 cm. - (Humanidades ; 63)

ISBN 978-987-630-873-1

1. Humanismo. 2. Ciencias Sociales. 3. Política. I. Título.
CDD 306

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2026
J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)
Prov. de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4469-7507
ediciones@campus.ungs.edu.ar
ediciones.ungs.edu.ar

Dirección editorial: Andrés Espinosa
Coordinación editorial: Nicolás Tomasi
Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa
Diseño de tapa: Juan Pablo Fernández
Diagramación: Daniel Vidable
Corrección: María Inés Castaño

Impreso en Elías Porter y Cía. S.R.L.
Plaza 1202, CABA, Argentina,
en el mes de octubre de 2026
Tirada: 250 ejemplares

Hecho el depósito que marca la Ley 11723.
Prohibida su reproducción total o parcial.
Derechos reservados.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Prólogo 13
1. Introito 15
2. Antagonismo y urdimbre cultural 19
3. El concepto de civilización 25
4. Asimetrías 29
5. Barbarie civilizada 33
6. Tercermundismo e industrialización 37
7. Fanon y el giro ontológico en antropología 47
8. Traducciones 55
9. De humanistas a investigadores 59
10. Sartre y el humanismo 69
11. Masividad de las tecnologías 79
12. Civilización y *kultur*: reflexiones sobre el mal 89
13. Religiones 103
14. ¿El humanismo es una religión laica? 111
15. En viaje 119
16. En el campo 125
17. Las américas 129
18. Plegaria para el buen uso de Schmitt 141
19. Para una revisión del liberalismo 153

20. Cuestión venezolana 163
21. República de las letras 177
22. Croquis del humanismo argentino 191
23. Civilización y humanismo en el siglo XXI 205
Epílogo 221

Para Pía,
amiga entrañable y amable vecina de nuestros héroes.
Para mis sobrinas medianas:
Mavi, la de cuerpo ágil y sonrisa despreocupada,
y Clara, inventora de historias.

1

¡Celebremos el ocaso de la libertad,
hermanos, el gran año crepuscular!
Hacia las hirvientes aguas nocturnas
se ha inclinado el pesado bosque de redes.
¡Subirás hacia años sordos,
tú, sol, pueblo, juez!

2

Celebremos el peso funesto
que entre lágrimas toma el caudillo del pueblo.
Celebremos el crepuscular peso del poder,
su insoportable yugo.
Quien tenga corazón debe escuchar, tiempo,
cómo tu barco se va a pique.

3

Nosotros en legiones de combate
enlazamos golondrinas –y así
el sol no se ve, todo el elemento
gorjea, se mueve, vive,
a través de la red– espesas tinieblas
no se ve el sol, y la tierra gira.

4

Y qué, probemos el enorme, torpe
y rechinante giro del timón.
La tierra gira. ¡Hombres, sean valientes
al partir el océano como un arado!
Y recordemos en un helor de verano
que para nosotros la tierra vale diez cielos.

Ósip Mandelshtam,
El ocaso de la libertad, 1918

Prólogo

"Nada de lo que hago tiene sentido, si la casa se quema. Sin embargo, precisamente mientras la casa se quema es necesario seguir adelante como siempre, hacer todo con cuidado y precisión, acaso con mayor aplicación, incluso si nadie debiera darse cuenta de ello".[1] Escribe Agamben en los años pandémicos, nuevo escalón descendente para el largo hundimiento de la civilización europea, cuando la salvación se sacrificó a la salud y la locura de gobernar la vida desnuda devino norma. Las casas quemadas, las ciudades en ruinas, en las que vivimos "como si todavía estuvieran en pie", connotan el naufragio del pensamiento y la experiencia que no es atribuible sin más a ninguna plaga –capitalismo, neoliberalismo, extremas derechas, progresismo, etc.–, pues tal explicitación es un pobre remedio tranquilizador de conciencias. Un *pharmakos*. La lira de la crítica siempre podrá seguir sonando entre las llamas, pero solo podrá ser escuchada como algo más que una melopea si asume que vive entre los escombros o que ella misma –no los entes– es un escombro. Porque el pensamiento y la experiencia no fueron ajenos al incendio. ¿Defender la cultura? ¿Defender la ciencia? Ellas sin duda son sometidas a todo tipo de escarnios, pero convocar a defenderlas es soñar vanamente con un retorno a la edad de la inocencia, matizado, claro, con apelaciones corajudamente zombis al antifascismo. Cambiar de ruinas. Ya se dijo que existimos a la intemperie y que en el peligro crece lo que salva; ahora a esa existencia, a ese viviente que somos, desnudo y sin arraigo (nuestro *Zeitgeist* parece ser *Unheimlich*), ¿puede continuar atribuyéndosele humanidad? Es muy temprano para saber, diría el proverbio chino que juzga el ciclo largo de las revoluciones. "En la casa que se quema continúas haciendo eso que hacías antes, pero no puedes no ver eso que ahora las llamas te muestran al desnudo".

[1] Agamben, G., *Cuando la casa se quema*, Adriana Hidalgo, Bs. As., 2022, p. 8.

Que no hay salvación, y si la hay, no será para nosotros, también lo hemos aprendido. Mientras tanto, mientras nos quemamos: hay que seguir. Detener el apocalipsis: permanecer en el tiempo del fin.[2]

Agamben alambica –revelando que finalmente siempre se cruzan los caminos de la filosofía y los de la mística– y enfatiza: no hay salvación individual; si hay salvación, es porque existen otros. Y bien: "Quien se da cuenta de que la casa se quema puede verse movido a mirar con desdén y deprecio a sus semejantes que parecen no darse cuenta de lo que pasa. Sin embargo, ¿no serán precisamente estas personas que no ven y no piensan los lémures antes quienes dar cuenta el último día? ¿Qué podrás decir para justificar tu supuesta conciencia a estas personas tan inconscientes, al punto de parecer casi inocentes?".[3]

Escribí este libro de lecturas, intervenciones y cruces pensando en quienes nunca lo leerán. Que, incluso, si se enteraran de su existencia, lo juzgarían, con razón, como inútil e inocuo. Ante ellos y para ellos: los *lémures*.

[2] Anders, G., *Le temps de la fin*, París, L'Herne, 2007.
[3] Íd.

1
Introito

Entre la pandemia y el triunfo electoral de proclamas políticas inéditas, se publicaron dos grandes libros (por tamaño y ambiciones) que ansían reconstruir y restañar dos macroconceptos: *humanismo* y *civilización*. *Humanismo, impugnación y resistencia* (2021), de Horacio González, y *Civilización. Historia de un concepto* (2024), de José Emilio Burucúa. Los conceptos se atraen y repelen, son convergentes y divergentes, como sus autores. Sin embargo, ambos (conceptos y autores) intentos pretenden incidir en estos tiempos ásperos, inciertos, a menudo ominosos, internándose –a riesgo cierto de su ociosidad– en el núcleo humeante de una tradición de pensamiento, a fin de que, y es el túnel que los conecta, emerja lo otro, no lo mismo. Lo otro de los conocimientos estandarizados sobre el humanismo y la civilización; lo otro capaz de resistir el movimiento aluvial de la época sin apenas ser testimonio dolido del *mundo de ayer*. González pespuntea un "humanismo renovado" y Burucúa una idea "universal, pluricultural, alejada de cualquier supremacía" de civilización. Es prístino *eso* que acosa a semejantes conceptos –una historia tormentosa, para empezar–, *eso* que insiste en ellos, y porque, entonces, habría que renovarlos y/o alejarlos de cualquier supremacía. Habría que, de algún modo, salvarlos de sí mismo y, al hacerlo, salvar al mundo –comenzando por nuestro país argentino– de un derrape abismal. ¿Pero por qué la apelación salvífica o redentora debería recuperar, del basurero de la historia, una argamasa conceptual que el estado actual del "humanismo" o de la "civilización" parece o bien haber dejado atrás o bien haberse consumado en la humanidad conectada gracias al triunfo civilizatorio de las máquinas inteligentes? ¿Contra qué barbarie deberá combatir la civilización evitando escribir otro capítulo

de barbarie civilizada? ¿Contra qué escolástica refundar el humanismo sin volverse, como tantas veces en el pasado, una nueva escolástica?

Nuestras sociedades escenifican querellas y jirones alrededor de dos irrupciones fulgurantes que no pocos rastrean en sus convergencias: la inteligencia artificial y las ultraderechas. Escenas montadas como invitaciones a capturar la novedad, exhortaciones contra la nostalgia (la de aquellos que sueñan con regresar al siglo XX), convocatorias a mirar de frente al monstruo para leer en él, a riesgo de quedar absortos, los puntos de fuga, las causalidades anodinas o futuros alternos. No faltan, por supuesto, las apelaciones a resistencias que comiencen a retejer lo colectivo, en la espera mesiánica de nuevos levantamientos de los cuerpos sufrientes. En todos los casos –incluidas las expansivas pesquisas de las ciencias sociales cuya amplia panoplia abarca desde la crítica político-ideológica a la versión desinhibida del capitalismo, dramáticamente conmovida por las recurrencias autoritarias, hasta las requisas empírico-comprensivas y el extractivismo sociológico de los profesionales del comentario político, alrededor de los decires y sentires de "los libertarios de Calamuchita"–; se trata de un idéntico desafío de índole kantiana: ¿cómo perseverar en el presente? O, mejor: ¿en qué estrato temporal? O, más políticamente: ¿desde qué presente puede interrumpirse el agobio del propio tiempo-acontecimiento? Una manera intelectualmente habitual –entre las diversas narraciones que nos permite experimentar la temporalidad, según enseña Ricœur– es la historización. Descoagular el ritmo vacuo del tiempo para alterar la habitualidad de los enlaces: no hay perseverancia presentista sin programación futurista y remoción de pasados petrificados.

En rigor, acecha como pregunta la conclusión de Calvino en *Las ciudades invisibles*: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio. Ya advertimos un modo: la historización. Sea de forma convencional (Yuval Harari o Eric Sadin), una suerte de teodicea a partir de premisas conceptuales *ex ante*, sea recurriendo a las fructíferas genealogías o arqueologías (en versión reflexiva, "agambeniana" o *prêt-à-porter*), sea invocando la fuerza del anacronismo interruptor del tiempo homogéneo y vacío, incluida su variante "hauntológica", sea, tras la clausura del futuro, explorando futuridades.[4] Otro modo certero y habitual:

[4] El conjunto de variantes valida la tesis koselleckiana: la modernidad tardía colmó de tal manera el espacio de experiencia que achicó dramáticamente el horizonte de expectativa, cuya consecuencia teórica esgrimió François Hartog: vivimos en un nuevo régimen de historicidad calificado como presentista (inmediatismo temporal, sensibilidad hedonista, angustia existencial ante futuros inciertos). Respecto a la relación entre futuro y futuridades, es decir, el fin

la agitación de neologismos. Inocular primicias en el lenguaje para aferrar mejor la cosa, olvidándose de una añeja advertencia frankfurtiana: la violencia no se detiene en las puertas del lenguaje. Asistidos por la amplía legitimidad del uso de los prefijos y sufijos, la invención forzada de neologismos procura rentabilizar desde el plano conceptual los más diversos asertos en torno a la inconmensurabilidad de nuestro tiempo. El humanismo y la civilización, según González y Burucúa, asedian el presente, otean cómo internarse en él sin propagar desasosiegos. Desde un estadio anterior, con armas viejas, algo oxidadas: los *studia humanitatis* y sus *vexatae quaestiones*. Los universales, la crítica y la erudición inútil. La meditación sobre las cosas supremas. Trajinando lenguajes gastados, percutidos, con remotas posibilidades de, como se dice, "disputar el sentido": ¿qué pueden los *studia* frente a Starlink?

¿Qué validez conservan culturas y prácticas logocéntricas y grafocéntricas en la era de los públicos digitales?[5] Preguntas modernas por excelencia

---

de cualquier futuro teleológicamente concebido cuyo correlato es menos clausura temporal, irremediablemente melancólica, que la explosión de futuridades alternas, cuya sutura es tarea política primordial. Si la modernidad occidental solo pudo imaginar el futuro de forma utópica, con el complemento afectivo de la melancolía, al no consumarse los ensoñados falansterios, nuestro tiempo añade un nuevo "post-", ahora a la utopía, por mor de una dinámica temporal formalizada como futuridad. Ver Gatto, E., *Futuridades. Ensayos de política postutópica*, Casagrande, Rosario, 2018; Hui, Y., *Fragmentar el futuro. Ensayos de tecnodiversidad*, Caja negra, Bs. As., 2020.

[5] Es el objeto del reciente libro de Fernando P., *El fin de la escritura. Efectos políticos y culturales de la sociedad poslogos*, FCE, Bs. As., 2024. Peirone distingue, en bloques quizás demasiado compactos, tres macro narrativas sociales: la mítico-oral, la logocéntrica y la relacional poslogos. Nuestra época es la de la clausura del dominio del logos, de las narrativas centradas en la escritura, y la de la emergencia de construcciones de sentido plurales, múltiples y heterogéneas: aquellas que provienen de los hipertextos digitales y de la cultura colaborativa de las redes. Peirone no se priva de emplear los conceptos de la filosofía posestructural (rizoma, diseminación, jerarquía/red), no menos grafocéntricas que el aristotelismo, y revela el inevitable desacople entre la buena nueva y la escritura que la presagia. Aun así, sus investigaciones –enfocadas en la red sociotécnica digital y en sus derivas políticas y sociales, y por eso obligadas a constatar innovaciones y cortes– señalan con acuidad: 1) la impotencia de la cultura letrada; 2) la persistencia de una inestabilidad institucional sin horizonte de normalización; 3) la crisis ontológica de las ciencias sociales al escurrírseles el objeto de estudio y el sujeto de cambio; 4) la evidencia de sistemas simbólicos divergentes respecto a los de la lectoescritura; 5) la respuesta defensiva del sistema logos imaginando distopías por doquier; 6) un decir intelectual que semeja un latín extemporáneo; 7) la desafección generalizada de los jóvenes frente al orden representacional de los adultos. En fin: habitamos un mundo desdoblado, abrumado por un divorcio experimental. La civilización y el humanismo son dos grandes tesoros del sistema logos difícilmente traducibles al ambiente sociotécnico vigente, cuya dinámica multimedial, propia de la sociedad informacional, tornan

que, sin embargo, en sus retornos ahondan su patina angustiante: ¿tales conceptos no acabaron en la humanidad conectada? De acuerdo con Burucúa y González, civilización y humanismo propugnan un revés de trama no infernal: el reverso de su propia historia tenebrosa, no solo la historia cuya desembocadura explicaría la entidad metafísica de nuestro siglo, sino una luz titilante que osa anticipar otro espacio-tiempo y, *ab initio*, empuñarlo con ademán discrepante. Civilización y humanismo, antes nociones apabullantes blandidas por "los carniceros más sutiles",[6] son ahora brillo tenue: ¿cómo las luciérnagas de Pasolini?[7]

---

vetustos tales legados, cuyo cultores, según Peirone, se abocan "a tratar de sostener lo que a todas luces ya no tiene futuro" (p. 138). *Memes*, *tweets*, *reels*, *stories*, *hashtags*, *streemers*, *gamers*, *booktubers*, *fitspos*, *trolls*, *haters*, *audios*, *podcasts*, etc., corroyeron el monopolio legítimo del lenguaje logos y los poderes de la crítica que de él emanaban; por eso: "en lo visual, lo fragmentario y lo efímero puede haber más datos sobre el mundo actual que en todo lo que observa la cultura letrada cuando analiza el devenir informacional desde la pérdida y la añoranza, o cuando lo aborda con categorías y paradigmas de dudosa actualidad" (p. 166). Aceptado. ¿Qué pueden las pacientes armas de la crítica ante el jocoso fulgor de un meme? Veremos qué puede suministrar nuestra faena, ayunada de futuro, alrededor del humanismo y la civilización. Añado que me seduce la condena a escribir en un monacal latín –aunque inevitablemente macarrónico– y habitar en una remozada universidad medieval en la época del tecnofeudalismo (otorgamos validez provisoria a una categoría harto problemática, aunque el sentido revelado por Darcy Ribeiro en su *Antropología de la civilización*: el feudalismo como rasgo transhistórico indicador de procesos o momentos de regresión civilizacional, abre una posibilidad sin duda a condición de aceptar la teorización de la evolución de la humanidad. Alcira Argumedo, en *Los silencios y las voces*, recuperó la noción y postuló una feudalización del capitalismo como usufructo monopólico de la revolución científico-técnica en curso desde finales del siglo XX, que se aproxima demasiado a la categoría popularizada por Varoufakis).

Sobre la impotencia de la cultura letrada, ver la saga literaria –"novelas escolares"– que va de *Larvas* (Elías Castelnuovo) a *Un trabajo en San Roque* (Carlos Correas), y *Enseñar en tiempos de hashtags* (Gonzalo Santos); lo contrario, vía regía, de *Juvenilia* a *Cuentos morales*, de Martín Kohan. En otro lugar: *El carapálida*, de Luis Chitarroni.

[6] "Habrás notado que los caballeros más civilizados han sido los carniceros más sutiles" (Dostoievski, *Memorias del subsuelo*).

[7] En el celebrado artículo (recuperado en *Escritos corsarios*), Pasolini anuda la desaparición de las luciérnagas al fin de la civilización campesina –sustentada en el orden de la Iglesia, la familia y la patria– y la irrupción de una civilización inaudita que implica una mutación antropológica: "No estamos ya frente a 'tiempos nuevos', sino a una nueva época de la historia humana, de esa historia humana cuyos plazos son milenarios". Irrumpió un poder insólito y atroz que depura los mecanismos de obediencia antes forjados, cuyas proporciones son apocalípticas. La crisis abismal de la civilización cristiana, o cristiano-burguesa, es un tópico del pensamiento del siglo XIX y del XX. Pasolini profetiza, vitupera a los pelilargos jóvenes rebeldes del sesenta y ocho –factótums de ese poder nuevo cuyos efectos ignoran– y